

LA CURACIÓN POR LA PALABRA

El renacimiento de la palabra como fármaco y la ineficiencia de muchos medicamentos es el tema de este ensayo de Luis María Anson. El ilustre escritor. Premio Nacional de Literatura, Premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades, analiza la interesante cuestión desde muy varias perspectivas culturales, históricas y actuales.

La palabra está en el principio de la comunicación intelectual. Escrita, permite y estimula la reflexión, es decir, el “cogito” cartesiano y la posterior enunciación rigurosa de argumentos ontológicos. Hablada, macera al hombre, lo penetra, lo invade. Como ha dicho Konrad Wolf, en el tono y en el timbre de la voz se encuentra algo que podríamos denominar el “secreto de la personalidad”, su peculiaridad más íntima. La “magia” de algunas personas, el “appeal” público, se deriva sustancialmente de la forma de hablar. “Lo que importa en este caso, según un célebre especialista en hipnosis, no es el contenido lógico o la sutileza del razonamiento, sino las cualidades imponderables, pero bien perceptibles como el tono y timbre de la voz: la melodía y el ritmo de las frases.” La superioridad de la palabra hablada sobre cualquier otro medio de comunicación no es discutida. El Cristo, hijo de Dios vivo, que pudo elegir para propagar y expandir su doctrina, la fuerza de las armas o el poder de los Ejércitos, sólo utilizó un puñado de palabras. Por eso fue el Verbo, la palabra, quien se hizo carne y habitó entre nosotros. Para predicar la buena nueva evangélica. Para derramar la voz clara del amor y la esperanza. Para enviar sobre sus discípulos las lenguas de fuego, siete semanas después de la fiesta de los ácidos. Se manifestó el Espíritu Santo “por un bramido, como de tormenta en violencia”. Y los apóstoles, en aquella fiesta de Pentecostés, fiesta de la recolección de la hoz en el trigo, de la cosecha y la alegranza, recibieron el don de la palabra. No otro don, militar o guerrero o financiero, sino el “dabar” hebreo, la palabra que permite el diálogo, el entendimiento, la persuasión, y que, así entendida, posee en cierta manera vida propia. Una vez pronunciada, subsiste y es eficaz. Por eso, según subraya el tratadista bíblico Herbert Haag, el término palabra, el “dabar”, tiene

evidente paralelismo con “rush”, es decir, aliento, espíritu. Y esto es así no sólo en los textos bíblicos, sino también en otros egipcios y babilónicos. Hehn y Durr lo han demostrado de forma fehaciente. Las costumbres egipcias impregnaron, por cierto, los hábitos religiosos y científicos del África bantú, por el trasvase de las culturas nilóticas hacia el corazón africano a través de la fecunda arteria fluvial y en ágil giro sobre la bisagra etíope. De ahí que la palabra egipcia y el “dabar” hebreo sean un concepto casi idéntico al “nommo” bantú, que es agua y fuego, y semilla y palabra unidos. “El nommo —dice Ogotommeli en la obra “Dieu d’eau” (París, 1948), de Marcel Griaule—, que es agua y fuego, la fuerza vital que sostiene la palabra, sale de la boca en el vapor de agua, que es agua y palabra.” “La palabra es poderosa en el África negra”, escribe Senghor en un breve ensayo luminoso: “El espíritu de la civilización o las leyes de la cultura negro-africana.” A diferencia de lo que ocurrió en las religiones animistas bantúes, la palabra no se transformó en Israel en un ser personal: en sí misma, un demonio o un dios. De todas formas, el poder de la palabra está acentuado en los textos veterotestamentarios: “Como la palabra del profeta es palabra de Yahveh, esta palabra mata (Oseas 6,5) como una espada”, o “se asemeja a un fuego destructor”) Jeremías, 5,14 y 23, 29). El sacerdote-hechicero yoruba aspira a conseguir efectos similares a los descritos en el Viejo y Nuevo Testamento. Con su sola palabra Jesucristo curaba a los enfermos (San Mateo, 8,8; San Lucas, 7,7; San Marcos, 2,10), expulsaba a los demonios (San Mateo, 8,16), resucitaba a los muertos (San Lucas, 7, 14) y calmaba el viento y la tempestad (San Marcos,4,39). En los textos sagrados hindúes, la palabra se identifica en muchas ocasiones (sobre todo en los Puranas) con la flor de loto, legendario manantial de Brahma, el creador. La palabra está, pues, en el principio de la religión hindú e informa sus diversos ritos. Es la esencia de los “pensamientos y Diálogos” de Confucio. En el “Corán” esto es “La lectura”, se recogen en 114 suras, palabras reveladas por Alá a Mahoma. Y el Islam entero se sumerge en ese bello mar coránico de la expresión divina.

Pero no quiero perderme en una erudición que podría hacerse farragosa e interminable. Los cerebros electrónicos han concluido con los eruditos más o menos a la violeta y con los archivos humanos me-

morísticos. No se puede rivalizar con las computadoras. Como ellos no pueden contender con el intelecto humano en la originalidad para la asociación de ideas y en el esfuerzo creador. Me proponía al discurrir sobre la palabra resaltar su importancia como superior medio de comunicación. El éxito del político, del conductor de masas, del sacerdote, del médico, está condicionado en un alto porcentaje por la palabra. Dejemos para otros ensayos más cálidos el análisis de los primeros casos y adentrémonos con el lector en el torcal y áspero terreno de la Medicina. Y bien. En esta época de la técnica y los descubrimientos científicos, de las mil y una maravillas en drogas y medicamentos, se está produciendo aceleradamente el renacimiento de la palabra como fármaco. El psiquiatra que cura una úlcera de estómago pronunciando unas palabras, hubiera sido instalado hace unos siglos en el incómodo estante de los brujos o los magos, entre las telarañas del escepticismo. Hoy, sin embargo, ha producido una honda revolución en las ciencias médicas. Doctores prestigiosos vuelven sus ojos con curiosidad a la Medicina tradicional de los pueblos orientales y negros. Y el antiguo desprecio hacia ciertas prácticas consideradas como primitivas o mágicas se ha trocado en respeto. Resulta ahora que no era absurdo ni anti-científico el procedimiento del sacerdote curandero, del hechicero negro. Curaba realmente con sus palabras, con la confianza que sus palabras despertaban en el enfermo. ¿Quiere decir esto que la Medicina bantú es superior a la occidental? En absoluto. Por supuesto que no. El progreso de las ciencias médicas en Occidente ha sido, sobre todo en los últimos años, espectacular. Pero el hombre ecuánime, el científico que ama la verdad, y por tanto, la rectificación, ha revisado las teorías que despreciaban la Medicina negra —basada en la palabra como fármaco— y ha encontrado en ella elementos altamente positivos. La palabra recupera hoy su puesto en la Medicina moderna occidental. En cierta ocasión le oí decir a una antigua enferma nerviosa: “Cuando se oye hablar a un médico de cuerpos y almas como Juan José López-Ibor, se comprende hasta qué punto puede encerrarse en la palabra un caudal curativo muy copioso. El médico actúa no sólo como presencia humana, sino como imagen paterna, y además con poder mágico para enfrentarse a la angustia. El enfermo se estremece ante lo desconocido y oscuro

que hay en su propia existencia. El médico, que está junto a él, sabe que aquello no es nada y que la crisis que hace insoportable su vida le va a pasar.

El tema es tan actual y palpitante, tan vivo y atrayente, que vale la pena espigar algunos datos de la evolución de la palabra en la historia de la Medicina. En un sugerente ensayo, Pedro Laín Entralgo se adentraba con paso seguro en la Grecia clásica para desbrozar sobre la gándara de aquella literatura incomparable, reveladores textos en apoyatura de la palabra como fármaco. Vamos a seguir de cerca el esfuerzo investigador de Laín. Está claro el empleo de ensalmos o conjuros en la Grecia antigua. “La historia de la curación por la palabra — escribe Laín Entralgo— en la antigua Grecia viene a ser la de la relación entre dos textos del epos homérico. El primero es de la “*Ilíada*”, y nos cuenta la cura que Patroclo hace de la herida de flecha de Eurípido. “Patroclo —dice el poema— permaneció en la tienda del valiente Eurípido, deleitándole con palabras y curándole la grave herida con drogas que le mitigaran sus acerbos dolores”. (XV,392-94). Patroclo no pretende que sus palabras tengan un poder mágico; em-pléalas tan sólo para levantar el ánimo del paciente y ayudar así a la acción sanadora del fármaco. El otro texto pertenece a la “*Odisea*”, y relata el tratamiento de una herida de Ulises. Cazando con los hijos de Autólico, Ulises es herido en la pierna por un jabalí. Se reúnen en torno a él sus compañeros de caza, le vendan hábilmente la herida y restañan con un ensalmo el flujo de la sangre negruzca (Od. XIX, 457). Se ha distinguido en este tratamiento un parte puramente médica, el hábil vendaje de la herida, y otra genuinamente mágica, la recitación del ensalmo. Pero Scheftelowith y Pfister han hecho notar que tanto el verbo griego *deô*, ligar o atar, como el latino *ligare*, significan con frecuencia el acto de encantar atando o ligando, la *ob-ligatio*. Desde su comienzo hasta su fin, la intervención de los hijos de Autólico tendría un carácter pura y exclusivamente mágico. El nombre griego del ensalmo o conjuro (“*epaoidé*, *epôde*, lat. *incantamentum*) nace a la Historia en el verso de la “*Odisea*” que ahora he mencionado. Recitada o cantada (“*epaoidé*, *incantamentum*), la palabra es usada en este segundo caso para conseguir mágicamente una acción terapéutica”.

Más interesante aún que los textos homéricos es éste de Gorgias que condensa la doctrina sofística de la persuasión: La palabra “es un poder soberano porque con un cuerpo pequeñísimo y del todo invisible ejecuta las obras más divinas. Tiene, en efecto, el poder de quitar el miedo, remover el dolor, infundir la alegría y aumentar la compasión”. Completa este párrafo de Gorgias un testimonio, recogido por Laín al estudiar desde un punto de vista puramente médico el consultorio, que podríamos llamar “logoterapia” de Antifonte: “ En el tiempo en que se consagraba a la poesía, Antifonte instituyó un arte para curar los pesares, análogo al que entre los médicos sirve de fundamento para tratar las enfermedades: en Corinto, cerca del ágora, dispuso un local con una enseña donde se mostraba capaz de tratar a los afligidos por medio de discursos; e informándose acerca de las causas de la aflicción aliviada y consolaba a los enfermos.” Platón daría luego el paso decisivo hacia lo que Laín llama “una psicoterapia verbal realmente técnica”. En un diálogo de juventud, el “Carmides”, y en otro de ancianidad, las “Leyes”, el gran filósofo griego dejó constancia de su pensamiento sobre esta materia. Conversan Sócrates y un médico tracio y éste le dice que la impotencia de los médicos griegos ante la enfermedad se debe a que sólo se ocupan de la dolencia del cuerpo ignorando el alma. Mediante la palabra, escribirá Platón, “nace en las almas templanza (“sophrosyne”) y una vez engendrada y presente ésta, es ya fácil procurar la salud a la cabeza y al resto del cuerpo”. Laín resumirá así su admirable trabajo de investigación y análisis: “Estas páginas del “Cármides” convierten a Platón en el verdadero inventor de una psicoterapia verbal rigurosamente técnica. Gorgias y Antifonte no pasan de ser “prehistoria” al lado de Platón. Gracias al vigoroso y sutil empeño racionalizador de éste, la vieja epodé mágica del ensalmo o conjuro de intención terapéutica queda convertida en “bello discurso” y, por tanto, en remedio “técnico”: la palabra del terapeuta actúa ahora por lo que ella es, por la virtud conjunta de su propia naturaleza y la naturaleza del paciente, no por obra de ninguna potencia mágica. No puede extrañar que ya al fin de su vida, discurrendo acerca de lo que debe hacer el médico, escriba Platón en las “Leyes”: “El médico libre —el que no atiende a esclavos— comunica sus impresiones al enfermo y a los amigos de éste, y mientras se

informa acerca del paciente, al mismo tiempo, en cuanto puede, le instruye, no le prescribe nada sin haberle ilustrado de antemano, y así, con ayuda de la persuasión, lo suaviza y dispone constantemente para tratar de conducirlo poco a poco a la salud” (Leyes, IV, 720, d, c).

Testimonios interesantes de Herodoto, Galeno, Diodoro, Sículo y Plinio el Viejo han permitido a algunos autores afirmar la influencia egipcia en la Medicina helena. Yo no me atrevería a sentar rotundidades en tema históricamente tan quebradizo. Pero no se puede negar la existencia de vasos comunicantes entre ambas culturas. En Egipto existían instituciones médicas en los templos de Heliópolis, Menfis, Tebas, Sais y otros. Desarrollóse allí una medicina sacerdotal donde la palabra sería, por razones de lógica evidente, el fármaco fundamental. En el papiro de Ebers existen referencias concretas a estudios médicos regulares, basados en los libros sagrados de Thoth. La palabra como fármaco se escurrió débilmente, por un lado, hacia la península helena y, por el otro, impregnó el África bantú al sur de las fuentes del Nilo. Los negros desarrollaron, y deformaron en ocasiones hasta los límites de la superstición y la magia, el poder de la palabra. Y ésta, por el contrario, agonizó en el Occidente médico cristiano, no por el racionalismo de Hipócrates y las posteriores escuelas médicas, sino porque los sacerdotes se reservaron la curación de las almas reduciendo a los galenos a la pura técnica de la salud del cuerpo. Hay, sin duda, excepciones y matices que harían más rigurosa esta teoría. Pero no voy a entrar en ellos. Abarcar demasiado supondría apretar poco en la médula de la cuestión. El Esculapio occidental del siglo XXI, desembarazado de ciertas actitudes religiosas excluyentes, recupera su doble función de médico de cuerpos y almas y la psiquiatría da una zancada gigante acompañándose con el progreso en otros órdenes médicos, respetuosa con la religión, pero sin reservar al sacerdote la terapia de todas las parcelas del alma.

Y así se produce el fenómeno cultural al que conduzco al lector, cansado ya de seguirme en tan tortuoso camino. El médico occidental, hoy, le da la mano sin saberlo, en ágil salto sobre los siglos y las altiveces raciales, al sacerdote curandero bantú o yoruba. Ambos sanan y lo hacen realmente con la palabra. El blanco, tras recuperarla en las

últimas décadas y actuar sobre una técnica médica enormemente desarrollada: el negro, con un conocimiento profundo de la palabra como fármaco y una ignorancia lamentable de la técnica occidental. La psiquiatría, por cierto, corre hoy el riesgo (si no se evade del movimiento pendular, que afecta muchas veces a la ciencia lo mismo que al arte o a la política) de excederse en la atención al alma con olvido del cuerpo. Un científico español, el profesor López-Ibor, ha dado la voz de alerta. En su ensayo: “Enfermedad, dolor y sufrimiento”, advierte: “Siempre he postulado una Psiquiatría médica y he tratado de evitar la conversión de la Psiquiatría en una especie de psicología, sin ignorar, naturalmente, la importancia fundamental de los aspectos sociológicos y psicológicos en la epidemiología y estructuración de las enfermedades mentales y también de las somáticas.” ¿Por qué cuando se ignora la génesis de una enfermedad infinidad de médicos se remiten a la psicogénesis? Ya no se trata del logos, de la palabra como curación espiritual, explica López-Ibor en una obra antes citada: “Las neurosis como enfermedades del ánimo.” Se trata del “logos anamnético”, logos regresivo y fijador, con lo que se cae en el error de una psicologización de la angustia anormal dejando a un lado una realidad fundamental: la del cuerpo humano. Para el autor de “La agonía del psicoanálisis” la clave de ésta se halla en la reformulación de la teoría de la angustia. Lo que antes era libido transformada en ansiedad, ahora es reacción angustiosa ante la amenaza del ello”... Pero si la angustia es sólo reacción y afecta nada más que al plano psíquico, entonces “se descarna, pierde su raíz vital”. Y concluye López-Ibor: “Creo que es necesario intentar ahora el camino opuesto. Tratar de reencarnarla, de volver a su propia realidad humana, a su propia humildad de ser experiencia anclada en la corporalidad”. Dicho sea de paso, la curación por la palabra y la psiquiatría no son la misma cosa. La palabra es clave en todas las terapias médicas. El especialista que sepa hablar al enfermo tuberculoso o al asmático tendrá recorrido la mitad del camino. A la enfermedad hay que atacarla dentro del todo armónico del hombre que es el alma y el cuerpo. Menoscabar al uno o a la otra es frotar la masa del fracaso. La curación por la palabra afecta, pues, a la totalidad de los médicos y especialistas.

Asciendo con cierta impaciencia por el entramado de mi argumentación hasta el peldaño revelador del placebo. Vale la pena hablar de esta experiencia. El placebo, como se sabe, es una sustancia absolutamente inocua con la que se forman píldoras idénticas a las de otros medicamentos de probada eficacia. Hace unos años, periódicos y revistas de todo el mundo se ocuparon con cierto relieve de las experiencias efectuadas con placebo. Nada menos que el sesenta por ciento de pacientes de diversos países con dolor de cabeza o achaques asmáticos sobre los que se ensayó el placebo respondieron a éste como si las píldoras por ellos ingeridas hubieran sido las auténticas. Cuando la experiencia se realizó con una doble ignorancia —es decir, cuando el enfermo no sabía que recibía placebo y el médico ignoraba que lo estaba suministrando—, ese porcentaje (rebajado en algunas cifras por varios médicos) creció. Es decir, lo que curaba en numerosos casos no era la píldora auténtica, aunque nadie niegue el valor objetivo de los medicamentos. Curaba la palabra, curaba la confianza en la autoridad del médico. Arthur Jorea, en su sustancioso ensayo “Magie und Zauber in der modernen Medizin”, resume así sus experiencias: “También en el campo de la Medicina, que siempre trata de ser objetiva y científica, el efecto mágico desempeña un papel incontrolable y a menudo inadvertido. Siempre se debe tener a la vista que por lo menos el cuarenta por ciento de los hombres reacciona positivamente a un remedio, sin que importe lo que éste contenga. Sólo así puede explicarse la asombrosa cantidad de medicamentos y el hecho de que la industria farmacéutica pueda vivir de ellos. La composición a veces sutilísima de muchos medicamentos es probablemente magia y carece de todo valor objetivo. No resulta exagerado afirmar que la industria farmacéutica produce en realidad placebo en gran escala.” El sacerdote-curandero bantú que fabricaba extraños brebajes, sin el menor rigor científico, hacía lo mismo que hoy, en determinado porcentaje, hacen laboratorios ultramodernos controlados por computadores electrónicos. Y cuando las autoridades sanitarias norteamericanas obligan a poner en el envase de algún producto vitamínico: “No está demostrado que esta píldora sirva para algo”, las ventas apenas descienden. Y ello porque existe una oscura tendencia en el hombre a emboticarse con específicos y drogas y

en algunos galenos y alfaquines a jaropear a sus enfermos con las mil y una píldoras, azúmbares y bálsamos. “Los cajones de las mesitas de noche y los equipajes de viaje —escribe un célebre médico español— nos enseñan con claridad cuáles son las entrañas de la sociedad actual...”, la cual padece una auténtica “farmacomanía”.

La personalidad del médico, su forma de expresarse, su humanidad que da confianza, su poder de convicción, la fe que en él deposita el enfermo, suponen un tanto por ciento muy elevado en el éxito curativo. Nadie pondría en duda, con rigor científico, esta afirmación. Es un hecho. Un hecho que explica, como escribió Alexis Carrel, algunos, aunque sólo algunos, de los milagros. El enfermo que se acerca a la Virgen de Lourdes con inmensa fe, tiene considerables probabilidades de curarse. Esa fe, esa confianza, crea el ambiente propicio para que se transforme la psicología del paciente que anhela la curación. Y la contribución del enfermo es, lo saben los médicos y lo afirman constantemente, decisiva en el proceso terapéutico. Descartes sanó a la princesa Elizabeth de Bohemia a través de la palabra escrita. Esa curación yátrica y epistolar es célebre en la historia de la Medicina. “La causa más ordinaria de la fiebre lenta es la tristeza”, escribiría Descartes al hablar de la psicogénesis de las enfermedades somáticas. Y si conseguimos que el alma se desprenda de la tristeza el cuerpo se verá libre de la fiebre. Para la primera premisa, el fármaco de la palabra resulta imprescindible. A nadie puede extrañar, por consiguiente, la esplendorosa realidad de la psiquiatría actual. El psiquiatra, por cierto, no debe ser el sustituto del sacerdote, para quien están reservadas las más altas misiones espirituales, pero éste tampoco debe ser el sustituto o el sucedáneo del psiquiatra. En la hipnosis, término acuñado por el doctor Braid (Manchester, 1841), se lleva la persuasión hasta límites tan inciertos que encendieron la preocupación de los moralistas. Konrad Wolf subraya el papel creciente de la palabra en las ciencias del hipnotismo: “A fines del siglo XVIII el fundador del método hipnótico, Mesmer, usaba todavía para “magnetizar” varillas metálicas, recipientes magnéticos, vidrios, música, etcétera: en cambio, Stokvis, fallecido un 1963, había pasado ya al empleo casi exclusivo de métodos verbales.”

La ciencia médica occidental regresa, en el apogeo de su desarro-

llo, al sistema de la palabra como fármaco, sistema utilizado durante milenios en el África bantú. No significa esta realidad, conviene repetirlo, que la Medicina negra sea superior a la blanca, ni que haya que renunciar, por supuesto, a los espectaculares avances de las últimas décadas. Por el contrario, los científicos occidentales deben enorgullecerse de ellos y procurar que los pueblos negros los asimilen e incorporen. Pero muchos de los métodos curativos bantúes no eran —no son— ni primitivos, ni puros juegos mágicos o supersticiosos. Tienen un fundamento científico y así lo reconoce Frobenius en su gran obra “Kulturgeschichte Afrikas”. La moderna psiquiatría le ha dado en muchos aspectos la razón. En el campo de la Medicina ha ocurrido algo similar, aunque no tan importante, como en el arte. Los artistas negros no eran primitivos. Eran elementales, deliberadamente elementales. Sus esculturas, por ejemplo, no son fruto de la impotencia por conseguir una mayor perfección. Están intencionadamente realizadas así, esquematizadas, estilizadas, elementalizadas. Y cuando después de tres milenios de arte occidental, tras Fidias y Praxíteles, y Miguel Ángel y Velázquez y Rembrandt, los grandes artistas del siglo XX occidental descubren el arte negro, se asombran, lo entienden, lo asimilan. Y lo incorporan. Picasso, Braque, Vlaminck, regresan a lo elemental, a la expresión deliberadamente elemental, tan alejada, por cierto, de lo primitivo y torpe como lo puedan estar las esculturas de Scopas o Rodin.

Luis María ANSON

de la Real Academia Española